

te podría costar muy cara y perjudicar, además, tu porvenir.

—Pero ¿por dónde empezar?—dijo sencillamente Natalia.

—El instinto te guiará—repuso la madre.—En este momento, Pablo te desea más de lo que te ama, y el amor engendrado por los deseos es una esperanza, y el que sucede á su satisfacción es la realidad. Ahí, querida mía, está tu poder; en eso consiste todo. ¿Qué mujer no es amada en la luna de miel? La cuestión estriba en ser amada después. Pablo es un hombre débil que se acomoda fácilmente á la rutina; si cede la primera vez, cederá siempre. Una mujer ardientemente deseada lo puede pedir todo; no hagas la locura que he visto hacer á muchas mujeres que, no conociendo la importancia de los primeros momentos en que reinamos, los emplean en tonterías y necedades sin trascendencia. Sirvete del imperio que te ha de dar la primera pasión de tu marido para acostumbrarle á obedecerte. Pero para hacerle ceder, escoge la cosa más desprovista de razón, á fin de hacerle medir bien la extensión de tu poder por la importancia de la concesión. ¿Qué mérito tendría obligarle á hacer una cosa razonable? ¿Te obedecería á ti? No. Dice un proverbio español que hay que atacar al toro de frente, y una vez que se ha visto la inutilidad de sus armas y de su fuerza, ya está domado. Si tu marido hace una tontería por ti, lo gobernarás siempre.

—¡Dios mío! ¿y por qué?

—Hija mía, porque el matrimonio dura toda la vida, y un marido no es un hombre como los demás. No hagas nunca la locura de cederle en nada. Guarda una constante reserva en tus palabras y en tus acciones; puedes, sin peligro ninguno, mostrarte fría, pues la frialdad puede modificarse á su gusto, mientras que nadie puede contener las expresiones extremas del amor. Querida mía, un marido es el único hombre con quien una mujer no puede permitirse nada. Por otra parte, nada es más fácil que saber conservar su dignidad. Estas palabras: «Vuestra mujer no puede hacer ó decir tal cosa» son un gran talisman. Toda la vida de una mujer estriba en el «no quiero». El «no puedo» es el irresistible argumento de la debilidad que llora y que seduce. El «no quiero» es el mejor argumento. La fuerza femenina aparece entonces en todo su poder, y por eso se debe emplear en las grandes ocasiones. El éxito estriba por completo en

la manera que la mujer emplea estas dos palabras, comen-tándolas y variándolas. Este es un medio de dominar mucho mejor que el que resulta de las riñas y discusiones. Yo, hija mía, he reinado por la fe. Si tu marido cree en ti, lo podrás todo. Para inspirarle esta fe, es preciso persuadirle de que le comprendes. Y no vayas á creer que esto es cosa fácil; una mujer podrá siempre probarle á un hombre que le ama, pero le será mucho más difícil hacerle confesar que le comprende. A ti tengo que decírtelo todo, porque la vida con sus complicaciones, la vida en que dos voluntades tienen que ponerse de acuerdo, va á empezar mañana para ti. ¿Comprendes bien las dificultades que te expongo? El mejor medio de poner de acuerdo dos voluntades, es arreglárselas de modo que no exista más que una sola en la casa. Dice mucha gente que la mujer, al cambiar de estado, pasa á ser desgraciada; pero hay que tener en cuenta, hija mía, que una mujer, en lugar de sufrir los acontecimientos, puede influir en ellos, y esta sola ventaja compensa todos los demás inconvenientes.

Natalia besó las manos de su madre y las regó con lágrimas de agradecimiento. Como todas las mujeres cuya pasión física no influye para nada en la pasión moral, Natalia comprendió de pronto la importancia de aquella alta política de mujer; pero como todas las niñas mimadas que no se dan por vencidas ante los más sólidos razonamientos y que se aferran obstinadamente á sus deseos, volvió á la carga con uno de esos argumentos personales que sugiere la recta lógica de los niños.

—Querida mamá—le dijo,—hace algunos días que me hablaba usted de reanudar antiguas relaciones y de otra multitud de preparativos necesarios para fomentar la fortuna de Pablo que usted únicamente podía dirigir, ¿por qué cambia usted de opinión abandonándonos así á nuestras solas fuerzas?

—No conocía la extensión de mis deberes, ni la cifra de mis deudas—respondió la madre que no quería descubrir su secreto.—Por otra parte, dentro de un año ó dos te responderé á esa pregunta. Pablo va á venir, vistámonos. Sé ladina y muéstrate cortés como te mostraste la noche en que discutimos ese fatal contrato, porque se trata hoy de salvar un resto de nuestra casa y de darte una cosa por la que siento supersticiosa adhesión.

—¿Qué?

—El *Discreto*.

Pablo llegó á las cuatro. Aunque se esforzó, al saludar á su suegra, por dar á su rostro un aire de amabilidad, la señora Evangelista vió en su frente las nubes que las reflexiones nocturnas y matutinas habían amontonado.

—¡Matías ha hablado!—se dijo prometiéndose á sí propia destruir la obra del anciano notario.—Querido hijo—le dijo la española—ha dejado usted los diamantes en la consola, y confieso que no quisiera yo ver en mi casa cosas que han estado á punto de ser causa de un altercado. Además, como nos ha hecho observar Matías, es preciso venderlos para efectuar con su producto el primer pago de las tierras que ha adquirido usted.

—Ya no son míos—contestó Pablo;—se los he dado á Natalia con objeto de que al ver que ella los lleva, no recuerde usted la pena que le han causado.

La señora Evangelista tomó la mano de Pablo y la estrechó cordialmente reprimiendo una lágrima de ternura.

—Escuchadme, hijos míos—dijo mirando á Natalia y á Pablo;—si eso es así, voy á hacerlos una proposición. Yo tengo que vender mi collar de perlas y mis pendientes. Sí, Pablo, no quiero poner á intereses ni un céntimo de mi fortuna, pues no olvido lo que le debo á usted. Ahora bien, vender el *Discreto* me parece una locura. Vender un diamante que lleva el sobrenombre de Felipe II y que ha engalanado durante mucho tiempo su regia mano, una piedra histórica que llevó el duque de Alba en el pomo de su espada durante más de diez años, es una verdadera lástima. Elías Magus ha tasado mis pendientes y mi collar en ciento y tantos mil francos; cambiémoslos por las joyas que os he entregado para cumplir los compromisos que tengo adquiridos con mi hija; vosotros ganaréis con ello, ¡pero qué me importa! yo no soy interesada. De este modo Natalia, en lugar de llevar alhajas de fantasía, esas baratijas que no están de moda más que entre las gentes de poco más ó menos, tendrá magníficos diamantes, con los cuales llamará la atención. Vender por vender, ¿no es preferible deshacerse de esas antiguallas y conservar las piedras preciosas de la familia?

—¿Y usted, madre mía?—dijo Pablo.

—Yo—respondió la señora Evangelista—no necesito

nada. Sí, voy á ser su cortijera en Lanstrac. ¿No sería una locura ir á París en el momento en que tengo que liquidar aquí el resto de mi fortuna? Ahora empiezo á sentir avaricia por mis nietos.

—Querida mamá,—dijo Pablo muy emocionado—¿debo yo aceptar este cambio sin dar á usted alguna recompensa?

—¡Dios mío! ¿no sois vosotros mis más queridos intereses? ¿Cree usted que no seré feliz yo diciéndome en un rincón de la chimenea: Natalia se ostentará esta noche brillantemente en el baile de la duquesa de Berry? Al verse mi diamante en su cuello y mis pendientes en sus orejas, se verá halagado su amor propio y sentirá esos goces que tanto contribuyen á la dicha de una mujer. Nada entristece más á una mujer que el aplanamiento de su vanidad, y no he visto nunca en ninguna parte que ninguna mujer mal vestida ó que no lo vaya á su gusto, se muestre amable y de buen humor. Vamos, Pablo, sea usted justo, ya sabe usted que se goza más viendo gozar al objeto amado que gozando uno mismo.

—¡Dios mío! ¿por qué Matías tenía formado tan mal concepto de ella?—pensaba Pablo para sus adentros.—Vamos, acepto, mamá—dijo después á media voz.

—Yo estoy confusa—dijo Natalia.

Solonet llegó en este momento para dar una buena noticia á su cliente; entre los especuladores que conocía, había encontrado dos empresarios que deseaban adquirir el palacio, cuyos extensos jardines permitían llevar á cabo allí construcciones.

—Ofrecen doscientos cincuenta mil francos—dijo;—pero si usted acepta, podrá hacer que ascienda el precio á trescientos mil francos.

—Mi marido pagó por todo doscientos mil francos, de modo que consiento—dijo la viuda;—pero me reservaré el mobiliario, los espejos...

—¡Ah!—dijo riendo Solonet—veo que vais aprendiendo á negociar.

—¡Ay de mí! ¡qué remedio me queda!—dijo la viuda suspirando.

—He sabido que asistirá mucha gente á su enlace en la iglesia—dijo Solonet, retirándose después al comprender que estorbaba.

La señora Evangelista le acompañó hasta la puerta del último salón y le dijo al oído:

—Ahora tengo doscientos mil francos en valores; si obtengo doscientos mil de la venta de la casa, puedo reunir cuatrocientos mil francos de capital. Quiero sacar de ellos el mejor partido posible, y cuento para ello con usted. Probablemente me quedaré en Lanstrac.

El joven notario besó la mano de su cliente como prueba de agradecimiento, pues el acento de la viuda hizo creer á Solonet que aquella alianza, fortificada por miras interesadas, iba á ir más lejos de lo que él creía.

—Puede usted contar conmigo, y no dude usted que yo he de encontrar medio de colocar su dinero sin riesgo, y con ganancias considerables.

—Hasta mañana, que espero vendrá usted á ser nuestro testigo en unión del señor marqués de Gyas.

—Pero, mamá, ¿por qué se niega usted á venir á París con nosotros?—dijo Pablo.—Natalia está de morros conmigo, como si fuese yo la causa de esa resolución.

—Hijos míos, he pensado bien en eso, y sé que os molestaría mi presencia. Os creerías obligados á consultarme en todo, y los jóvenes tenéis á veces ideas que yo podría contrariar involuntariamente. Idos solos á París. No quiero continuar ejerciendo sobre la condesa de Manerville el grato dominio que ejercía sobre Natalia, es preciso dejarla en completa libertad. Mire usted, Pablo, existen entre nosotras costumbres que es preciso hacer desaparecer. Mi influencia tiene que ceder á la de usted. Quiero que usted me ame, y créame que obro de este modo más en beneficio de usted de lo que puede imaginarse. Tarde ó temprano, los maridos jóvenes se celan del cariño que una hija puede sentir por su madre. Sin duda tienen razón. Cuando estéis bien unidos, cuando el amor haya fundido vuestras almas en una sola, entonces, querido hijo, no temerá usted, viéndome en su casa, que yo pueda ejercer en ella influencia alguna mortificante. Conozco el mundo, los hombres y las cosas; he visto muchos matrimonios enemistados á causa del amor ciego de las madres, que se hacían tan insoportables á las hijas como á los yernos. El afecto de los viejos es con frecuencia quisquilloso y molesto. Acaso no sabría eclipsarme. Tengo la debilidad de crearme aún hermosa, hay aduladores que quieren probarme que lo soy, y, en este estado, podría tener

pretensiones que os molestarían. Dejáme, pues, hacer un sacrificio más por vuestra dicha; os he dado mi fortuna y os entrego aún mis últimas vanidades de mujer. Vuestro notario Matías es viejo, acaso no pueda administrar vuestras propiedades, y, por lo tanto, yo seré vuestro administrador y me procuraré de este modo las ocupaciones á que, tarde ó temprano, tienen que entregarse las personas de edad; más tarde, cuando me creáis necesaria, ya iré á París á secundaros en vuestros proyectos de ambición. Vamos, Pablo, sea usted franco, ¿no le agrada mi resolución?

Aunque se consideraba muy feliz viéndose libre de su suegra, Pablo no quiso confesarlo. Las sospechas que el anciano notario le había inspirado sobre el carácter de su suegra quedaron en un momento disipadas con esta conversación, que la señora Evangelista continuó siempre en el mismo tono.

—Mi madre tenía razón—se dijo Natalia observando atentamente la fisonomía de Pablo.—Se muestra muy contento al saber que voy á separarme de ella; ¿por qué?

¿No era este *por qué* la primera interrogación de la desconfianza y no daba una gran autoridad á las enseñanzas maternas?

Existen ciertos caracteres que, dando fe á una sola prueba, creen en la amistad. Esta clase de gentes tan pronto creen en una persona como dejan de creer, fijándose siempre en los efectos sin remontarse á las causas. Pablo era, por naturaleza, esencialmente confiado, sin malos sentimientos y poco previsor. Su debilidad procedía en parte de su bondad, de su creencia en el bien y de la sencillez de su alma.

Natalia estaba pensativa y triste porque no sabía pasar sin su madre. Pablo, con esa especie de fatuidad que da el amor, se reía de la melancolía de su futura mujer, diciéndose que los placeres del matrimonio y las distracciones de París la disparían. La señora Evangelista veía con sensible placer la confianza de Pablo, pues la primera condición de la venganza es el disimulo. La criolla había dado dos grandes pasos. Su hija poseía ya una rica alhaja que costaba doscientos mil francos á Pablo. Después que dejaba á sus dos hijos entregados á sí mismos y sin más consejo que el amor ilógico. De este modo preparaba su venganza sin que lo supiera su hija que, tarde ó temprano, había de ser su cómplice. ¿Amaría Natalia á Pablo? Esa cuestión estaba inde-

cisa aún, y su resolución podía modificar sus proyectos, toda vez que amaba demasiado sinceramente á su hija para no respetar su dicha. El porvenir de Pablo aun dependía, pues, de su conducta. Si se hacía amar, estaba salvado.

A las doce de la noche del día siguiente, después de una velada pasada en familia con los cuatro testigos, á quienes la señora Evangelista había dado el espléndido banquete que sigue al matrimonio legal, los esposos y los amigos fueron á oír una misa nocturna, á la que asistieron un centenar de personas curiosas. Un matrimonio celebrado de noche lleva siempre al alma siniestros presagios: la luz es un símbolo de vida y de placer cuyas profecías le faltan. Preguntad al alma más intrépida por qué está helada, por qué la negra frialdad de las bóvedas le enerva, por qué le asusta el ruido de pasos, por qué se fija en el grito del buho y en el clamoreo de las lechuzas. Aunque no hay ninguna razón para temblar, todo el mundo tiembla, y las tinieblas, imagen de la muerte, entristecen. Natalia, al separarse de su madre, lloraba. La joven era presa de todas las dudas que invaden el corazón al emprender una vida nueva, en que, á pesar de las mayores seguridades de dicha, existen mil lazos preparados á la mujer. Tuvo frío y pidió un abrigo. La actitud de la señora Evangelista y de los esposos dió origen á algunos comentarios entre la multitud elegante que rodeaba el altar.

—Solonet acaba de decirme que los recién casados marchan solos á París mañana por la mañana.

—La señora Evangelista debía de ir á vivir con ellos.

—¡Bah! el conde Pablo ya se ha desembarazado de ella.

—Mal hecho, mal hecho—dijo la condesa de Gyas.—Cerrar la puerta á la madre de su mujer, ¿no equivale á abrirselo al amante? Ya se conoce que no sabe lo que es una madre.

—Se ha mostrado muy duro con la señora Evangelista, pues la pobre mujer ha vendido su palacio y se va á vivir á Lanstrac.

—Natalia está muy triste.

—¿Quién no lo estaría viéndose como ella separada de su madre al día siguiente de su boda?

—¿Qué triste es eso!

—Me alegro haber venido aquí—dijo una señora—para convencerme de la necesidad de rodear el casamiento de sus pompas y fiestas acostumbradas. Encuentro esto muy triste

y desabrido. Y si quiere usted que le manifieste por completo mis pensamientos—añadió hablando al oído á su vecino,—este matrimonio me parece indecente.

La señora Evangelista tomó á Natalia en su coche y la llevó en persona á casa del conde Pablo.

—Y bien, mamá, ¿no tiene usted nada más que decirme?

—Piensa, querida hija, en mis últimas recomendaciones, y serás feliz. Sé siempre su mujer y no su querida.

Cuando Natalia estuvo acostada, la madre desempeñó la comedia de arrojarle llorando en brazos de su yerno. Esta fué la única cosa de provinciana que se permitió la señora Evangelista, pero tenía sus razones para hacerlo. Á través de sus lágrimas y de sus palabras locas ó desesperadas en apariencia, obtuvo de Pablo algunas de esas concesiones que hacen todos los maridos. Al día siguiente puso á los recién casados en un coche y los acompañó hasta el otro lado de la barca con que se atraviesa el Gironda. Con una palabra, Natalia había hecho saber á la señora Evangelista que si Pablo había ganado la partida con el contrato, ella empezaba á tomar la revancha. Natalia había obtenido ya de su marido una perfecta obediencia.

CONCLUSIÓN

Cinco años después, en una tarde del mes de noviembre, el conde Pablo de Manerville, envuelto en una capa, con la cabeza inclinada, entraba misteriosamente en casa del señor Matías, en Burdeos. Demasiado viejo para continuar los negocios, el buen hombre había vendido su estudio de notario y acababa apaciblemente su vida en una de sus casas, en donde vivía retirado. Cuando llegó su huésped, un asunto urgente le había obligado á ausentarse; pero su anciana ama de llaves, prevenida de la llegada de Pablo, lo condujo al dormitorio de la señora Matías, muerta hacía ya un año. Cansado del viaje, Pablo durmió hasta la noche. Tan pronto como llegó el anciano, fué á ver á su antiguo cliente y se contentó con contemplarle dormido del mismo modo que una madre contempla á su hijo. Josefa, el ama de llaves,